

# Capítulo 3

## El trabajo y su medida\*

Pierre Rolle

¿Qué es, a fin de cuentas, el trabajo? Un conjunto de comportamientos, indefinidamente variables, por medio de los cuales los hombres se adaptan a las circunstancias, a las instituciones y a los dispositivos técnicos, siempre que no sean ellos los dominados por éstas. O incluso la combinación de coacciones y de proyectos, de frustraciones y de estrategias, una noción por lo tanto polémica y llena de equívocos. ¿A qué la aplicamos? ¿Qué significa? El gestor, que dispone del trabajo de otros, ¿trabaja también? ¿Y el ama de casa? ¿Y el estudiante? ¿Y el actor? La formación, cuando prepara de modo tan perfecto a una persona para un oficio como para que ya no sea necesario su control ¿está exaltando su libertad o agravando sus determinaciones? El movimiento de los asalariados, poniendo en primer plano los saberes y la autonomía de sus miembros ¿anticipa la emancipación de los trabajadores o defiende formas pretéritas de su sujeción?

Cuando se le somete a examen, el trabajo aparece como una realidad inabarcable, tan disputada como evidente, y no tanto como fundadora del sistema social sino como moldeada, de modo cotidiano, por el funcionamiento de éste.

---

\* Publicado originariamente como Rolle, Pierre (1993), «Le Travail et sa Mesure» en *Travail*, núm. 29, verano-otoño, pp. 7-20.

## Mutación del trabajo

El proceder de aquellos sociólogos que han intentado identificar el dinamismo de lo colectivo a partir del estudio del trabajo parece hoy cada vez menos defendible. Ya no estamos dispuestos a admitir que el trabajo posea sobre el resto de las actividades sociales una especie de preeminencia ontológica. Ciertamente, para las épocas antiguas hemos podido describir la labor humana como un enfrentamiento con la naturaleza, una lucha a través de la cual el grupo registraba la huella de los rigores y las potencias de lo real. Pero, en sus formas más modernas y, sin duda, más decisivas, el trabajo no es ya más el modelado de una materia bruta, sino la elaboración de datos ya previamente sociales. ¿Diremos entonces que, por lo menos en nuestras sociedades, la experiencia del empleo es la más continua y la más imperativa que puede sufrir una persona? En ese caso, entenderíamos así que esta experiencia condiciona y colorea todas las demás y, a fin de cuentas, el conjunto de lo social. Sin embargo, actualmente, el empleo implica cada vez menos un oficio, una formación, un estilo de vida específicos, dejando de ser ya el marco obligado de todos los esfuerzos y de todas las esperanzas del individuo.

Sin embargo ¿se ha comprendido el porqué? Creemos que no. La impronta del trabajo sobre el individuo cambia de forma sin perder su potencia. Pese a que el empleo particular ejercido en un momento dado por el asalariado no regule ya, de modo tan preciso como antes, sus comportamientos cotidianos, sabemos bien que el trabajo que se tiene, que se espera o que se ha perdido, ordena la totalidad de los periodos de su existencia.

Vemos así fácilmente dónde reside el malentendido. La noción de trabajo es una noción compuesta. Pretende designar a la vez los gestos más específicos que el puesto ocupado impone al operario, la coacción que pesa sobre el individuo a lo largo de toda su vida y una estructura primordial de lo colectivo. Más aún, la noción hace creer que estos comportamientos, estas representaciones, estos mecanismos y estas instituciones convergen de forma natural alrededor de un objeto común. Las múltiples experiencias individuales y colectivas relativas al trabajo se fundirían en él sin problemas, prolongando así las significaciones sociales, los sentimientos personales. Está claro, sin embargo, que estos diversos fenómenos no incumben a los mismos agentes y no se desarrollan en los mismos períodos, de tal manera que no podemos pretender establecer entre ellos cualquier tipo de correspondencia sin dar un rodeo por el conjunto del sistema social, el cual constituye a estos agentes y ordena dichas temporalidades.

## El trabajo, una realidad compuesta

Por ello, el sociólogo sustituye la noción única de trabajo por todo un juego de conceptos, entre los que buscará las articulaciones, implementando un dispositivo de observación múltiple. Los marcos temporales apropiados harán visibles, en sus respectivos órdenes, la movilidad de los individuos entre los puestos, o bien la evolución de esos puestos considerados independientemente de sus titulares, o incluso la dinámica de las relaciones colectivas. La tarea, el empleo, la carrera, la formación, el intercambio salarial no aparecerán ya entonces como facetas de una realidad homogénea sino, más bien, como componentes de una realidad contrastada.

Así pues, si el trabajo puede ser considerado como un objeto privilegiado del análisis sociológico, no lo es bajo tal o cual de las formas en las que se manifiesta, sino debido a la tensión que contiene. A fin de cuentas, los equívocos revelan ser oposiciones en movimiento. Así sucede con la acción colectiva de los asalariados que, al tiempo que intenta preservar los trabajos particulares, no deja de cuestionar el principio según el cual dichos trabajos han sido constituidos.

El mecanismo oculto es aquél por medio del cual la actividad individual es movilizadora, modelada y distribuida en el proceso de producción y reproducción de lo colectivo, mecanismo que se anuncia amenazando derruir cada modalidad efectiva de trabajo.

El trabajo es la actividad humana, pero inserta en una relación social particular de la que porta la huella.

Decir que el trabajo es un comportamiento forzado no resulta suficiente. Existen otros muchos comportamientos de este tipo y, de hecho, la obligación que soporta el trabajador no es percibida como tal en todo momento. Puede ser disimulada por medio de una autonomía local o, incluso, ser transmutada en libertad.

El trabajo no es reconocible por la existencia de una coacción, sino por la naturaleza y el alcance de ésta. Dicho en otras palabras: trabajar no es la consecuencia de una mera subordinación, sino aquello que está en juego en una relación específica. Para participar en el intercambio perpetuo de bienes y servicios sociales, el trabajador se ve obligado a consumir en el trabajo un cierto tiempo de su existencia, tiempo obtenido y apreciado por procedimientos variables según los sistemas.

## El trabajo, una actividad medible

El trabajo debería ser definido no tanto como una actividad humana forzada sino como una actividad medida, es decir, jerarquizada, normada y repartida. Estas evaluaciones constituyen las huellas de la relación social particular que moviliza el tiempo y los esfuerzos de los miembros de una sociedad dada. Las medidas más antiguas conocidas en la historia humana toman la forma de clasificaciones y de enumeraciones: las castas, las tribus, las edades y los sexos distribuyen a los individuos entre sectores sociales conforme a unas proporciones determinadas. El conocimiento del trabajo, en cuanto tal, no existe, puesto que cada actividad es atribuida a la persona como un atributo de su nacimiento, de su edad o de su estatuto. La regla de tales sociedades, al menos tal y como ésta es interpretada por sus miembros, consiste en la repetición de las estructuras de manera idéntica a través de las generaciones. El ajuste a los cambios del medio y la acumulación de técnicas no dejan por ello de producirse, pero las transformaciones que ambos favorecen se desarrollan en una duración mayor que la de la experiencia individual, pasando así desapercibidas salvo que tomen la forma de catástrofes o de revelaciones proféticas.

Como antes han hecho muchos otros, podríamos tratar de esbozar la aparición de la noción de trabajo. Signo de un nacimiento reciente, las palabras que designan el trabajo en sí mismo, más allá de sus especificidades, provienen en las lenguas modernas de raíces que significan otra cosa: el tormento, la servidumbre, el servicio o, incluso, una operación particular: la labranza o el tejer. Pero esta historia no sería, sin embargo, otra que la de la aparición de la condición salarial, el sistema social en el que el trabajador está consagrado al trabajo en cuanto tal y no solamente a una u otra de sus variedades. La doble naturaleza del trabajo se vuelve así evidente y sustenta la movilidad perpetua del conjunto. Las normas que se imponen a todas las actividades, sea cual sea su punto particular de aplicación, se explicitan y actúan directamente, bajo la forma de relaciones monetarias, tasas de salarios, tasas de beneficio... La cualificación compara potencialidades de trabajo diferentemente educadas y regula el proceso de enriquecimiento de la actividad individual mediante la ejercitación y la formación.

No obstante, el análisis sociológico se ha equivocado a menudo a este respecto. En efecto, la descripción del individuo asido en su empleo, poniendo en marcha sus saberes específicos, utilizando sus técnicas familiares, disimula esta tensión. La noción de trabajo se reduce aquí a designar la fusión condicional de la tarea y el asalariado, ignorando su separación potencial. En el cerco así trazado se describirá una relación cerrada en la que el instrumento es unas veces

el auxiliar del trabajador, otras el demiurgo que cumple su voluntad y otras el vampiro que succiona sus saberes y energías. La cualificación del trabajo queda aplanada a una cualidad, a un índice del que no sabemos muy bien si se refiere al puesto, al individuo que lo ocupa o al equipo, ni cómo la evaluamos.

Este análisis incompleto traduce, sin corregirlos, los límites de la investigación sociológica, que se mueve a menudo en temporalidades cortas. Temporalidades que, al igual que ocurre con la legislación, no quieren reconocer al trabajador más que durante el tiempo que ocupa un puesto efectivo. Basta con reubicar la observación en su duración apropiada para reencontrar la oposición interna al trabajo y, en primer lugar, la incertidumbre de cada empleo que anuncia la movilidad virtual de todos los asalariados.

El trabajo es la actividad del ser humano, exclusivamente. Decir que la máquina trabaja es proponer simplemente una metáfora que, de hecho, puede resultar fértil. La asociación del acto humano y de la operación mecánica es el efecto de una relación social que es, en la actualidad, la relación salarial. Todo análisis del trabajo implica aferrar esta relación, así como aquella otra, simultánea a la anterior, de las formas concretas de la producción, dos descripciones que no adquieren sentido si no es la una en relación con la otra.

## Trabajo y técnica

Estas concepciones permitieron a Pierre Naville, desde la década de 1950, emprender el examen de las formas más modernas de la producción y de la automatización, sin detenerse en las falsas querellas del tecnicismo. En efecto, la cuestión de la técnica no parece irresoluble más que si la planteamos en los términos del trabajo específico. En un puesto, los gestos y la experiencia del operario no pueden ser descritos al margen del instrumento y, sin embargo, las transformaciones que sufren los comportamientos de trabajo cuando modificamos los útiles permanecen siempre compatibles con la lógica de lo social. ¿Debemos pues concluir que la herramienta modela imperiosamente las estructuras de la sociedad que la han hecho nacer? ¿O bien, de manera inversa, que cada grupo no inventa sino la técnica que encarna y asegura sus relaciones constitutivas?

De hecho, la cuestión sólo será relevante si suponemos que el comportamiento en el puesto, el estatuto social acordado al trabajador y la remuneración recibida constituyen una unidad indisociable de la que no hay que buscar la

ley. En ese caso, en efecto, será importante saber cómo dos realidades aparentemente tan heterogéneas como la técnica, por un lado, y la estructura social, por el otro, pueden conciliarse en el trabajo efectivo. Por el contrario, el problema se disuelve por sí mismo si observamos que los cambios derivados de una modificación del utillaje se realizan por medio del deslizamiento de índices y de normas que evolucionan a lo largo de ciclos, en cierta medida autónomos. La cualificación no evoluciona directamente porque no mide una característica concreta del puesto, sino el esfuerzo de formación aplicado a la capacidad de trabajo. La remuneración varía, por su parte, con el consumo y no con la producción bruta. Los estatutos ligados al trabajo específico resultan de negociaciones colectivas. En ninguno de estos registros los efectos del progreso técnico son directos, sino que deberían analizarse más bien como una modificación de las relaciones entre estos diferentes índices, como una nueva configuración de conjunto. Las transformaciones en el puesto se acompañan de transformaciones del puesto, guiadas por el objetivo de eficacia global.

La oposición de las dos teorías del comienzo, una ligada a los cambios observables en el puesto, la otra a las relaciones de trabajo, se reduce, a fin de cuentas, a la propia oposición del trabajo consigo mismo cuando la actividad específica se altera pero para plegarse a normas generales.

En cualquier caso, la historia de las relaciones sociales y la de la técnica se implican la una a la otra y no parecen distinguirse radicalmente más que como consecuencia de los lenguajes que les aplicamos. Las revoluciones industriales y las de la relación salarial se suponen las unas a las otras. Las estructuras productivas y las del instrumental son, desde cierto punto de vista, homólogas, de tal forma que unas pueden dar cuenta de las otras, o anticiparlas. ¿Es la coordinación entre empresas o el perfeccionamiento de las máquinas lo que ha constituido a esos grandes autómatas que organizan hoy nuestro universo? ¿Las redes modernas de producción han nacido de las relaciones anudadas por las firmas entre ellas o bien han sido ellas quienes han impuesto dichas asociaciones y subcontrataciones? Estas cuestiones, en la actualidad, pueden tener mucho sentido, pero no tienen un verdadero contenido teórico.

La automatización, analizada por Naville, revela su profunda razón de ser: la separación del acto humano y de la operación mecánica, separación ya socialmente preconfigurada por la relación salarial.

## Naville convulsiona la sociología

La sociología del trabajo, dejándose engañar por la noción demasiado compuesta y demasiado limitada que se había dado, no ha reconocido en la historia industrial más que una de sus situaciones arquetípicas: aquella en la que el instrumento funciona acoplado al gesto humano y al mismo tiempo que éste. La descripción de tal tarea parece entonces formar parte del organigrama de la empresa y de la existencia del asalariado, sin que haya necesidad de cambiar ningún término.

El privilegio acordado por muchos sociólogos a tales dispositivos industriales se explica fácilmente: es a ellos a quienes encontramos en muchos de los progresos de la humanidad y, a lo largo del siglo XIX, detrás de la multiplicación inédita de las capacidades productivas. La herramienta no actúa más que encerrada en el gesto, la máquina-herramienta es pilotada o, al menos, provisionada por el obrero. El grupo de hombres está mediado por las máquinas, el de las máquinas por los hombres.

Sin embargo, en todos los tiempos han existido otros dispositivos en los que las operaciones productivas no movilizan en todo momento la intervención humana. La agricultura es el ejemplo más clamoroso: sin embargo, este sector es percibido por los sociólogos tradicionales como demasiado específico y poco capaz de progresar. Tan solo, o casi, los saint-simonianos identificaron este paradigma en marcha en la revolución industrial de su tiempo, paradigma en el que reconocían un proceso de quimización que agrandaba la diferencia entre el trabajo y la producción.

La mayor parte de los analistas que descubren las nuevas tecnologías en los años de la posguerra no perciben su aspecto más revolucionario. Ven en ellas un perfeccionamiento, ciertamente decisivo, de los antiguos dispositivos, una culminación de la máquina-herramienta, la cual habría por fin conseguido eliminar a su sirviente humano. El principio que triunfa será el del automatismo, soñado, imaginado, temido y esperado desde el comienzo de la historia humana.

Es cierto que este principio designa bien la separación entre la operación productiva y el acto humano, pero bajo una forma limitada y, de hecho, antigua. Sistemas automáticos existen desde la prehistoria. El hombre siempre ha sabido, a través de las técnicas de su época, concebir montajes capaces de ponerse en funcionamiento y actuar sin su intervención directa. No obstante, lo que sucede hoy es algo bien distinto, señala Naville: el instrumento y el trabajador no se contentan ya con olvidarse por un tiempo, se emancipan el

uno del otro para constituirse en conjuntos autónomos. La maquinaria se desarrolla en grandes redes productivas, indefinidamente incrementadas y perfeccionadas, conectadas a redes planetarias de circuitos de energía, de transportes, de información, reunidos entre ellos por servicios y lenguajes comunes. Lejos de ser el prototipo de la modernidad, el robot queda sometido al conjunto y pierde su individualidad, que residía en su relación directa, si bien intermitente, con el individuo humano.

126

Este trabajador individual también se desdibuja. Los hombres, organizados según sus propias leyes, tienen como función mantener, regular, programar y extender los sistemas productivos, y lo hacen a través de un intercambio constante de experiencias, de técnicas y de saberes. El grupo humano entra en una relación simbiótica con el de las máquinas.

Este análisis conduce a Pierre Naville a concluir lo contrario que otros sociólogos. Se suponía que las nuevas tecnologías, disminuyendo la importancia del trabajo directo, reforzarían las estructuras sociales tradicionales, durante mucho tiempo amenazadas por el movimiento obrero. Esa es, según Naville, una visión bastante superficial. La desconexión progresiva del gesto humano y la operación mina las regulaciones primordiales de la sociedad salarial, las normas según las cuales el trabajo se intercambia por una remuneración. Alrededor de las nuevas redes productivas, la solidaridad reglada y jerarquizada de los antiguos oficios desaparece en beneficio de conjunciones móviles de saberes complejos. La formación, la disponibilidad, la reconversión son, de ahora en adelante, momentos de la vida de trabajo con una importancia similar a la del trabajo efectivo y cada vez resulta más claro que el estatuto del trabajador no puede serle acordado únicamente por su empleador del momento. Las diferentes funciones industriales se reúnen en constelaciones inestables, revisadas sin cesar, que desbordan constantemente a las empresas y a los poderes. La interferencia de las instituciones políticas y económicas, su impotencia progresiva, indican la aparición de una nueva forma de producir, que se acompaña de una nueva forma de consumir. En efecto, los sistemas de transporte, de educación, de comunicación, son utilizables de la misma forma para todos los objetivos y su uso instituye modos inéditos de satisfacción de las necesidades, de tal forma que la oposición entre la inversión productiva y los bienes destinados al disfrute se vuelve, por su parte, incierta.

Vemos lo que está en juego. Desde el momento en que fijar estatutos de ciudadanía y disponer del producto colectivo no son ya decisiones rigurosamente implicadas, el dominio potencial del grupo humano sobre su propio futuro es menos antagonico. Lo que nacen son nuevas libertades, incluso si, tal y como suele ser la regla, aparecen en principio como violencias, incoherencias y coacciones suplementarias.

## La revolución de los servicios

Pierre Naville fue sin duda el único en reconocer que la multiplicación de los servicios traducía, precisamente, el mismo cambio en la manera de producir que las transformaciones de los actos de trabajo, y esto desde la década de 1950.

La expansión de empresas que declaraban ofertar servicios, evidente en las estadísticas, ya había llamado la atención de los analistas. Casi todos veían en ello el crecimiento de un sector económico particular exterior a las actividades manufactureras: el sector terciario. La relación entre las evoluciones divergentes que seguían estos dos tipos de trabajos parecía evidente: el perfeccionamiento de la industria y la multiplicación de sus productos había conducido a la saturación de las necesidades primordiales y la actividad humana, liberada del trabajo material, se gastaba en gestos gratuitos. De ahí provienen polémicas que, aún hoy, no se han olvidado. ¿Acaso el crecimiento de los servicios no era la señal de que la sociedad del trabajo imponía su disciplina y su heteronomía en un nuevo ámbito, el de las relaciones de persona a persona, en el momento mismo en el que su sector de origen, la industria, se contraía? ¿No sería mejor, se pedía, renunciar a estos nuevos deseos inconsistentes, que no sirven más que para alimentar la circulación monetaria y prolongar la alienación del trabajador, con el fin de reencontrar la libertad de la producción por sí misma y los intercambios comunitarios?

Esta reforma espiritual parecía incluso tanto más necesaria cuanto que, en lo sucesivo, parecía la única posible. En efecto, el aumento del sector terciario como consecuencia de la disminución de la industria correspondía, según se pensaba entonces, con la extensión de los cuidados personales, antaño desatendidos o asegurados en el seno de las familias o de los grupos vecinales. Ahora bien, esta nueva economía escapa de forma natural a las dificultades de la relación salarial, tal y como las observamos en las actividades productivas. El cliente, efectivamente, dirige de forma efectiva el trabajo útil, el cual no puede ser ni disputado, ni acumulado, ni es tributario de una fuerte inversión.

Todo esto, en la economía de servicios así concebida, sucede en el presente: no hay especulación, ni sobreproducción, ni rigideces, ni deudas. Los diferentes proyectos se reencuentran y se articulan inmediatamente. El otro sector, aquel en el que podemos prever y donde se pueden acumular stocks, en el que los productos rastrean durante mucho tiempo a sus consumidores y los capitales a sus asalariados, aquel sector en el que las protestas se agudizan, se volvería minoritario. El capitalismo pierde así todos los fermentos que contribuían a su transformación. No podemos sino ajustarlo y solamente por medios políticos.

Ahí también Naville anuncia algo diferente. Constata, junto a otros, que las empresas del sector servicios son en realidad heterogéneas, pero opera entre ellas una distinción fundamental. Ciertas firmas, aquellas que ofrecen cuidados a las personas, pero también aquellas consagradas a la distribución de las mercancías, se multiplican proporcionalmente con la riqueza de los consumidores. Otras, más nuevas y significativas, conocen una tasa de crecimiento superior. Ahora bien, éstas últimas participan en la creación de riquezas, extendiendo y programando los dispositivos productivos y facilitando la distribución de los trabajadores entre las diferentes funciones. Muchas de las actividades así garantizadas —la planificación, la formación, el análisis financiero, el estudio de los mercados, la investigación científica y técnica— existían de hecho en el seno de departamentos de las antiguas fábricas. Resultan ahora visibles tan sólo por la constitución de empresas especializadas, ligadas a los productores por medio de contratos de asociación o de subcontratación.

### **Mutación de la sociedad salarial**

Así pues, el crecimiento de las tareas y de las firmas de servicios no se traduce únicamente en la proliferación de nuevas o antiguas necesidades, estimuladas por el retraining aparente de las actividades productivas. Este fenómeno señala, en primer lugar, el desarrollo de una nueva forma de producir que requiere redes de intercambios entrecruzadas. Al contrario de lo que se ha dicho sobre él, el principio de este nuevo sector es inédito y completamente perturbador. No reside en el control directo del trabajo, en cantidad y en calidad, por el cliente, sino, por contra, en la desaparición de toda relación medible entre la satisfacción de una necesidad y el tiempo de actividad movilizado. Esta ruptura había sido ya anunciada por ciertas modalidades de producción anteriores y, en particular, por la fabricación en serie, sin embargo, en lo sucesivo, se ve ya realizada. El trabajo no se gasta ya en producir, sino en poner en situación de producir a maquinarias complejas.

No volvemos pues a relaciones anteriores al mundo salarial, sino que accedemos a formas de producción que ya están más allá de él. El trabajo y el producto ya no se miden el uno por el otro y, consecuentemente, resultan imposibles de caracterizar. ¿Cómo reconocer y calcular en estas redes industriales la cualificación del trabajador y su productividad? ¿Cómo designar y evaluar una llamada de teléfono, una acometida eléctrica, el escuchar la radio, un viaje por

autopista, la aplicación de una fórmula química? Hablando con propiedad no estamos ni ante el consumo de un bien, ni ante la utilización de un servicio. Hoy en día aparecen nuevas formas de disfrute que se realizan por la intermediación del impulso dado en una red y que, a veces, se reducen a ello.

Las categorías y las relaciones de la economía salarial se ven trastocadas. Muchos no quieren ver en ello más que los efectos de una crisis pasajera a lo largo de la cual se instituyen regulaciones renovadas. Pero hay signos inquietantes que se multiplican y que parecen indicar otro proceso bien distinto. Hoy las decisiones económicas y políticas fundamentales no pueden ya apoyarse en los índices instantáneos y unívocos suministrados por los diferentes mercados. Exigen articulaciones y solapamientos entre temporalidades y proyectos múltiples. Grupos de diferente naturaleza —asalariados, empleadores, políticos— y de diferentes niveles —locales, nacionales, mundiales—, se enfrentan y se asocian alrededor de cada red de producción, de transporte, de formación, de comunicación. En estos debates no se decide solamente conforme los intereses de cada cual, sino en función de los usos, los empleos y los productos por venir.

En definitiva, a través de estos conflictos múltiples, que atraviesan las instituciones tradicionales, los sindicatos y las administraciones, se fijan las cantidades de trabajo, las funciones y las vías de financiación del salario social, los modos de acumulación del capital. Las formas y las proporciones del salario, en gran medida, no se mantienen sino por medio de normas y, por lo tanto, desnaturalizadas. Así, la historia que vivimos no parece conducir hacia la abolición violenta de las relaciones salariales, es decir, a la afirmación del Estado y la preeminencia de lo político, sino a su disolución progresiva.

Por ahora este proceso no se manifiesta más que por sus aspectos negativos. El socialismo de Estado, tal y como había sido instaurado en la URSS, se derrumbó no por haber suprimido la relación salarial, como pretendían sus ideólogos, sino más bien por haber intentado fijarla y preservarla. Al decretar que cada trabajo específico, dentro de las fronteras del Estado, valdría y se perpetuaría como su propia norma, no se había destruido nada del sistema salvo su movimiento, la perpetua puesta en cuestión de sus formas. Actualmente, en el universo entero, observamos la inestabilidad de todos los empleos, el enfrentamiento de todas las instituciones productivas, las fragilidades de los equilibrios salariales mantenidos por los Estados.

El proceso está sin lugar a dudas lejos de su final. Habitantes del planeta, en lo sucesivo tendremos aún muy a menudo la ocasión de constatar con qué violencia los intercambios liberados del valor se actualizan, no obstante, a través de sus antiguas formas.

Las obras más significativas de Pierre Naville, en lo que concierne a la sociología del trabajo, son:

- 130 *Le nouveau Leviathan*, en 7 volúmenes, entre los que se encuentra *Le salaire socialiste*, 1970; *Les échanges socialistes*, 1975, Anthropos; *Sociologie et logique*, PUF, 1981. *Essai sur la qualification de travail*, Marcel Rivière, 1956. *Vers l'automatisme social*, Gallimard, 1963. [ed. cast.: *Hacia el automatismo social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965]. *Traité de sociologie du travail* (junto a Georges Friedmann), Armand-Colin, 1961-62. [ed. cast.: *Tratado de Sociología del Trabajo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978]. *Temps et technique*, Droz, 1974.